

jico, y respondió á sus embajadores con muchas expresiones de afecto, asegurándoles que los suyos no ofenderian en nada á los mejicanos, siempre que estos no se mezclasen en el combate.

No procedió de esta suerte el emperador con el Huxutzinca, sino que apenas oyó la embajada mandó aprontar sin dilacion un gran cuerpo de ejército, con orden de que marchasen inmediatamente al socorro de su tío, nombrando por general á un famoso capitán de experimentado valor y conducta llamado Chinametzl, á quien entregó un hermoso vaso de alabastro, muy fino, primorosamente labrado, para que lo llevase y regalase en su nombre al rey Culhua Tecuhtli Quanex, asegurándole de su fiel amistad, y que á aquel socorro de gente seguirian otros que iria enviando.

Llegó Chinametzl con su gente á vista de Tlaxcallan, que tenian ya sitiada los rebeldes, á los cuales se habian agregado las tropas de Huxutzinco, Cholollan Tepeyacac, Quauhquecholan, Itzocan, Atlixco, y otros varios pequeños señores que habian entrado en la liga. Disputáronle el paso, y se trabó una escaramusa en que hubo algunos muertos, pero sin embargo á muy poca costa logró Chinametzl entrar en la ciudad el socorro que presentó al rey, y le entregó el vaso de alabastro, haciéndole en nombre de su soberano las expresiones que le ordenó, á las que correspondió Culhua Tecuhtli con otras muy atentas, manifestando su estimacion y gratitud.

Tambien lograron entrar felizmente los demas socorros que habia enviado á pedir el rey á los otros señores que dije arriba, con lo que juntó dentro de su corte un ejército formidable; pero no era ménos numeroso

el de los sitiadores que continuamente se aumentaba con los refuerzos que les venian de toda la comarca.

#### CAPITULO XXIV.

*Determinan los rebeldes asaltar la ciudad y envian á avisarlo á los sitiados. Supersticiones que estos practican por disposicion de sus sacerdotes. Dase el asalto general en que muere mucha gente de ambas partes, y queda la victoria por los sitiados. Piden perdon al rey los rebeldes, y se los otorga. Pídenle la paz las demas potencias, y se la concede. Pocos años despues muere el rey de Tlaxcallan, y deja dividido el reino entre sus dos hijos.*

Cada dia se aumentaba el número de los sitiadores de la gran ciudad de Tlaxcallan; y aunque no habia accion de consecuencia, no dejaban los sitiadores de hacer sus tentativas ya por uno, ya por otro lado de la ciudad: mas los sitiados estaban alerta para rechazarlos, sin que la accion pasase á mayor empeño. Teniendo ya aquellos un ejército tan numeroso que, aunque nadie dice la suma á que llegaba, todos asientan que la multitud de gentes cubria todos los cerros y campos del contorno de la sierra de Matlalcueye, enviaron sus mensajeros á la ciudad, segun era entre ellos costumbre y política militar, haciendo saber á los sitiados que dentro de tres dias darián el asalto general por todas partes, para que estuviesen prevenidos á la defensa.

Respondieron los sitiados que viniesen en buena hora, que les hallarian prontos y prevenidos para rechazarlos. Entónces el rey mandó que todos ayunasen aquellos tres dias, y concurriesen cuatro veces al dia al templo de Camaxtle á hacer oracion y ofrecer sa-